



Ryszard Capucinski: Ébano



Ryszard Capucinski nació en el este de Polonia en 1932. Estudió historia en la Universidad de Varsovia y trabajó de periodista desde 1958 hasta 1981 en funciones de corresponsal en el extranjero para la Agencia de Noticias Polaca, especializándose en zonas de guerra.

Sus reportajes cubren guerras civiles, revoluciones y todo tipo de conflictos sociales en América Latina, África y Oriente Medio, intentando ir al fondo de la cuestión, arropado con un lenguaje entre literario y peiodístico lleno de energía y humanidad.

Una de las grandes pasiones de Capucinski es el continente africano del que tratan los extractos de la obra que traemos a nuestras páginas de Rincón Literario. Se trata de tres textos distintos que aparecen en Ébano (Barcelona, 2000), uno de sus mejores libros.

En uno de ellos alerta sobre los peligros de destrucción del Bodque Tropical. Los otros dos son más líricos. Todos ellos hermosos y vibrantes.

Las obras más importantes de Kapuscinski han sido traducidas al español.

En la actualidad Capucinski vive en Varsovia, suponemos que escribiendo nuevas obras y pasándolo bien.

Al principio el camino conduce a lo largo del Atlántico, a través de una avenida bordeada por unos baobabs tan imponentes, enormes, altivos y monumentales que nos da la impresión de movernos entre los rascacielos de

Manhattan. Como el elefante entre los animales, el baobab no tiene igual entre los árboles.

Parecen proceder de una época geológica distinta, de un contexto diferente, de otra naturaleza. Sin

parangón posible, no hay nada con qué compararlos. Viven para sí mismos y tienen su propio programa biológico individualizado.../...

El río perezoso

El Gran Bosque es diferente. Monumental, sus árboles tienen treinta, cincuenta e incluso más metros de altura; son gigantes, idealmente rectos y crecen espaciados, guardando entre sí una marcada distancia y saliendo de una tierra prácticamente desprovista de follaje. Y ahora, al adentrarme en este Gran Bosque, entre las encumbradas secuoyas, caobas, sapellis e irokos, me da la impresión de entrar en una catedral inmensa, de abrirme paso para penetrar en el interior de una pirámide egipcia o de detenerme en medio de los rascacielos de la Quinta Avenida. El viaje por los caminos que atraviesan este territorio a menudo se convierte en una tortura. Hay unos tramos tan llenos de baches y vericuetos que, a decir verdad, resulta imposible conducir; el coche se tambalea como una barca sacudida por la tempestad y cada metro se convierte en un suplicio. Los únicos vehículos que se las arreglan sin apuros con tales firmes son las gigantes máquinas, dotadas de motores semejantes a las barrigas de las locomotoras de vapor, con que los franceses, italianos, griegos y holandeses sacan de aquí la madera que luego llevan a Europa. Y es que el Gran Bosque es talado noche y día, su superficie mengua y sus árboles desaparecen. A cada paso se encuentra uno con grandes claros en cuya tierra desnuda se ven unos tocones enormes, aún frescos. El chirrido de las sierras se oye a lo largo de kilómetros, repetido por el silbido de su penetrante eco.



En alguna parte de este bosque, donde todos parecemos tan diminutos, viven sus habitantes de siempre, todavía más bajitos que nosotros. Raras veces se dejan ver. Por el camino se pasa junto a chozas de paja, pero no se ve a nadie en los corrales. Sus dueños están en algún lugar remoto del bosque. Cazan pájaros, recogen bayas, persiguen lagartijas, buscan miel.

En África, a la sombra de un árbol

El viaje toca a su fin. En cualquier caso, el fin de ese fragmento suyo que hasta aquí he descrito. Ahora, camino de vuelta, aún queda un breve descanso a la sombra de un árbol. El árbol en cuestión crece en una aldea que se llama Adofo y está situada cerca del Nilo Azul, en la provincia etíope de Wollega.

Es un inmenso mango de hojas frondosas y perennemente verdes. El que viaja por los altiplanos de Africa, por la infinitud del Sahel y de la sabana, siempre contempla el mismo y asombroso cuadro que no cesa de repetir-

se: en las inmensas extensiones de una tierra quemada por el sol y cubierta por la arena, en unas llanuras donde crece una hierba seca y amarillenta, y sólo de vez en cuando algún que otro arbusto seco y espinoso, cada cierto tiempo aparece, solitario, un árbol de copa ancha y ramificada. Su verdor es fresco y tupido y tan intenso que ya desde lejos toma, claramente visible en la línea del horizonte, una nítida mancha de espesura. Sus hojas, aunque en ninguna parte se percibe una sola brizna de viento, se mueven y despiden destellos de luz. ¿De dónde ha salido el árbol en este muerto paisaje lunar? ¿Por qué precisamente en este lugar? ¿Por qué uno solo? ¿De dónde saca la savia? A veces, tenemos que recorrer muchos kilómetros antes de toparnos con otro.

A lo mejor, en tiempos, crecían aquí muchos árboles, un bosque entero, pero se los taló y quemó y sólo ha quedado este único mango. Todo el mundo de los alrededores se ha preocupado por salvarle la vida, sabiendo cuán importante era. Es que en torno a cada uno de estos árboles

solitarios hay una aldea.

En realidad, al divisar desde lejos un mango de estos, podemos tranquilamente dirigirnos hacia él, sabiendo que allí encontraremos gente, un poco de agua, sombra e, incluso, tal vez, algo de comer. El árbol es su único depositario y administrador.

Si en la aldea hay un maestro, el espacio bajo el árbol sirve como aula escolar. Por la mañana acuden aquí los niños de todo el poblado. No existen cursos ni límites de edad: viene quien quiere. La señorita o el señor maestro clavan en el tronco el alfabeto impreso en una hoja de papel. Señalan con una vara las letras, que los niños miran y repiten. Están obligados a aprenderse las de memoria: no tienen con qué ni sobre qué escribir.

Cuando llega el mediodía y el cielo se vuelve blanco de tanto calor, en la sombra del árbol se protege todo el mundo: los niños y los adultos, y si en la aldea hay ganado, también las vacas, las ovejas y las cabras. Resulta mejor pasar el calor del mediodía bajo el árbol que dentro de la choza de barro. En la choza no hay sitio y el ambiente es asfixiante, mientras que bajo el árbol hay espacio y esperanza de que sople un poco de viento.

Las horas de la tarde son las más importantes: bajo el árbol se reúnen los mayores. El mango es el único lugar donde se pueden reunir para hablar, pues en la aldea no hay ningún local espacioso. La gente acude puntual y celosamente a estas reuniones: los africanos están dotados de una naturaleza gregaria y muestran una gran necesidad de participar en todo aquello que constituye la vida colectiva. Todas las decisiones se toman en



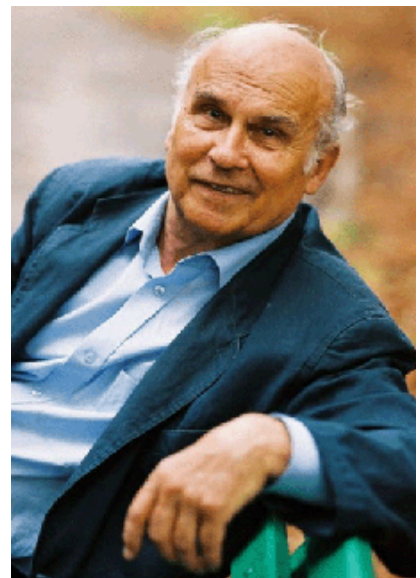
rincón literario



asamblea, las disputas y peleas las soluciona la comunidad en pleno, que también resuelve quién recibirá tierra cultivable y cuánta. La tradición manda que toda decisión se tome por unanimidad. Si alguien es de otra opinión, la mayoría tratará de persuadirlo tanto tiempo como haga falta hasta que cambie de parecer. A veces la cosa dura una eternidad, pues un rasgo típico de estas deliberaciones consiste en una palabrería infinita. Si entre dos habitantes de la aldea surge una disputa, el tribunal reunido bajo el árbol no buscará la verdad ni intentará averiguar quién tiene razón, sino que se dedicará, única y exclusivamente, a quitar hierro al conflicto y a llevar a las partes hacia un acuerdo, no sin considerar justas las alegaciones de ambas. Cuando se acaba el día y todo se sume en la oscuridad, los congregados interrumpen la reunión y se van a sus casas. No se puede debatir a oscuras: la discusión exige mirar al rostro del hablante; que se vea si sus palabras y sus ojos dicen lo mismo. (.../...)

De modo que el lugar bajo el mango permanecerá vacío hasta la madrugada. Al alba en la tierra aparecerán, al mismo tiempo, el sol y la sombra del árbol. El sol despertará a la gente, que no tardará en ocultarse ante él, buscando la protección de la sombra. Es extraño, aunque rigurosamente cierto a un tiempo, que la vida del hombre dependa de algo tan volátil y quebradizo como la sombra. Por eso el árbol que la proporciona es algo más que un simple árbol: es la vida. Si en su cima cae un rayo y el mango se quema, la gente no tendrá dónde refugiarse del sol ni dónde reunirse. Al serle vetada la reunión, no podrá decidir nada ni tomar resolución alguna. Pero, sobre todo, no podrá contarse su Historia, que sólo existe cuando se transmite de boca en boca en el curso de las reuniones vespertinas bajo el árbol. Así, no tardará en perder sus conocimientos del ayer y su memoria. Se convertirá en gente sin pasado, es decir, no será nadie. Todos perderán aquello que los ha unido, se dispersarán, se irán, solos, cada uno por su lado. Pero en Africa la soledad es

imposible; solo, el hombre no sobrevivirá ni un día: está condenado a muerte. Por eso, si el rayo destruye el árbol, también morirán las personas que han vivido a su sombra. Y así está dicho: el hombre no puede vivir más que su sombra. Paralelamente a la sombra, el segundo valor más importante es el agua **A**



RYSZARD KAPUCINSKI